

destino y esos cauces afines que el lenguaje provee; lo francés equilibra ese dramatismo ingé-nito con el sesgo inquisitivo y algo irónico que infunde a las inteligencias; de lo americano es la vitalidad juvenil, la mezcla de confianza y de impaciencia, ese urgimiento de la inspiración que, cuando no se frustra en lo prematuro, aboca a improvisaciones magníficas. Esta amalgama da, repito, lo diferencial americano. Paréceme evidente que quien lea hoy con atención una buena página americana en español o en portugués, por universal que sea su tema, no podrá dejar de reconocer su indigenismo y descubrir en ella un tono, una actitud moral e intelectual totalmente distintos de los de una página ultramarina.

¿Y qué es lo que se expresa con este acento distinto? Se expresa, para decirlo en pocas palabras, un sentido original del mundo. Original, aunque las ideas y las emociones sean tan viejas como la humanidad. "Las cosas —escribió Martí— siempre que son sinceras, son nuevas". Hay una sinceridad desenfadada, a veces agria y sardónica, a menudo candorosa, en ese plano superior de las letras americanas en que se han vencido ya las timideces del aprendizaje. El mundo necesita de vez en cuando este retoño de frescura, para no caer, por fatiga, en lo rancio o en lo artificial.

Pero, además de la visión fresca de un mundo viejo, dan los escritores del Sur, la visión alegre de un mundo nuevo. Nueva es América. Nueva su naturaleza, que en muchas partes aún no ha conocido siquiera el efímero señorío de una huella. Nuevas sus gentes, por la amalgama de razas que allí se ha producido. Nuevas sus sociedades, donde se vive día a día el roce dramático y los vacíos ominosos entre el ánimo nostálgico y el ánimo de empresa, entre lo tribal y lo industrial. Nuevo, en fin, en su planteamiento, todo el viejo problema de ennoblecer el destino del hombre. Y todo eso no es ya lo que se ha dado en la América del Norte. Los Estados Unidos nacieron a la fe en el industrialismo. El industrialismo es en gran parte obra suya. Ya no perderán del todo esa fe pragmática que fue su primera impronta. En cambio, la característica de Hispanoamérica es que ha nacido a la decepción de todo el sistema de valores que el industrialismo representa, al sentimiento de su insuficiencia y, por tanto, a la aprehensión de que necesita ser superado mediante un rescate de la sociedad y del individuo. Este sentimiento, unido a aquel otro vago racionalismo jacobino con que América reaccionó contra la tradición española, es lo que le da a la literatura hispanoamericana su peculiar inconformidad, y es lo que va haciendo de ella una escuela fecunda de contradicción. Es una literatura crítica en el sentido más hondo de la palabra.

Bastaría eso para fijarle su valor. Pero a nosotros, a los que hacemos profesión de estudiar cómo se engendran y desarrollan paulatinamente las literaturas en la entraña de los pueblos, el caso de esta literatura en formación sería de ex-

traordinario interés aún cuando ella no valiese más que por su riqueza de futuro. Nos desvelamos estudiando en las huellas paleográficas cómo nacieron y crecieron literaturas que hoy son ya ilustres. Pero a la gesta de la literatura hispanoamericana que promete una madurez gloriosa, estamos asistiendo nosotros. No necesitamos de la reconstrucción histórica, es un espectáculo que se está desarrollando ante nuestros ojos. ¡Ah, si el biólogo pudiera asistir con idéntica presencia al desarrollo de un organismo, cuántos secretos no descubriría!

A esta apreciación del valor original ya logrado, que nos hará gozar nuevas experiencias de claridad y de belleza; a esa presencia científica en lo que está madurando para la cultura del futuro, estamos particularmente llamados quienes, por tener este oficio libre de enseñanza, podemos sustraernos a las cotizaciones de un mundo que está constantemente en peligro de extender a lo espiritual el régimen de sus intereses materiales. Valoremos nosotros la literatura hispanoamericana. Y ustedes, los profesores extranjeros, que tienen sobre la esencial libertad de su oficio la libertad accidental de la distancia, lleven al estudio de la literatura de la otra América ese amor sereno, sin pasión ni indulgencia, que es la fuente de todo verdadero conocimiento.

(De "Revista Cubana".—Habana, Cuba).

Por qué escapé de Italia

P O R A L I C E R O B E

DURANTE veinte años Italia fue para mí la tierra de la belleza, del arte y la cultura. En la guerra mundial lloré con los italianos sus derrotas, compartí sus privaciones, me familiaricé con su alegre espíritu cantor ante los desastres, intímé con todas las gentes de este pueblo encantador, desde el más humilde campesino hasta el mismo Mussolini, a quien había admirado antes de su marcha sobre Roma, cuando me confió por primera vez sus planes de una nueva Italia. Estos planes para glorificar a Italia contaron con mi ardiente simpatía durante trece años.

¿Por qué me volvía ahora prematuramente a los EE. UU.? ¿Por qué aun este lujoso barco italiano me parecía una prisión?

Una vez en el muelle de Nueva York comprendí la causa. Estaba escapando de las advertencias en voz baja: "Tenga cuidado con lo que dice". "Tenga cuidado con lo que escribe". "Tenga cuidado al hablar por teléfono". Escapaba de los ojos llenos de sospecha y de susto, de los rostros que raramente sonreían, de la apatía, de la resignación, del pensamiento reprimido. Escapaba de aquel pueblo que otrora fue el más alegre y hoy estaba tan sometido y disciplinado, moviéndose automáticamente. Un pueblo que ya

no se movía por su voluntad desde que su destino estaba en las manos de un Duce omnisciente, omnipresente, omnipotente.

Comprendí de pronto qué era lo que yo más quería de los EE. UU. Anhelaba oír a alguien una réplica contundente. Y quería oír a alguien reír con espontaneidad, a toda boca. La noche de mi llegada, mientras comía con unos amigos en un restaurante, mis nervios quedaron en tensión. Dos hombres sentados a una mesa contigua charlaban de política. Uno de ellos dijo en voz alta: "Oh, este Roosevelt es un fracaso".

Me estremecí. En Italia para referirse a Mussolini, en público y delante de extraños, aun en forma admirativa, se dice siempre: "El grande hombre". Cualquier discusión política es tabú. "Recuerde, a lo mejor hay un espía".

Me acuerdo de una tarde en Italia, mientras esperaba en un restaurante a un amigo que tenía invitado a un ex-funcionario del Gobierno, un notable pensador ya próximo a los setenta. Pero mi amigo llegó solo y me dijo en voz baja: "X no vendrá. Ha sido arrestado con treinta más en un café del otro lado de la Porta Pia, acusado de hablar sobre política. En realidad, sólo hablaba de filosofía. Ahora me creará usted, tal vez, cuando le recomiendo cautela. Lea esto". Y me tendió un recorte del diario "Ottobre" cuyo lema es "El Duce tiene siempre razón".

El artículo que era de la Policía política fascista, rezaba:

"En el barrio de Campo de Marzo controlamos doscientas cincuenta y ocho calles. En cada calle hay un observador (espía). Este observador, vigila, anota y refiere".

Estábamos comiendo en el "Fagianò" dentro del mismo barrio indicado en "Ottobre". Un deseo de huir me asaltó, llenándome de nostalgia. Las palabras de mi compañero resonaban en mis oídos: "Recuerde, la policía fascista controla todas las actividades públicas y privadas; y este control está reforzado por un millón doscientos mil hombres armados". Los pintorescos *carabinieri* y la policía local están a la vista. Por el contrario, la policía secreta *Opera Vigilanza Repressione Antifascista*, está siempre oculta espionando, siguiéndole a usted desde el café al restaurante, desde el mercado hasta la tienda, desde la calle hasta su casa.

Y aquí en este restaurante de Nueva York un hombre llama a Roosevelt un fracaso. Y su amigo dice: "Voté por él la última vez; pero ahora votaré por el republicano".

Evoqué mentalmente lo que sucedería en Italia si un hombre dejara de votar por equivocación, no más, la boleta fascista. Fui amiga de Giorgio durante quince años. Asistí a los sacrificios de sus padres para educarlo. Su madre me había escrito muy orgullosa "El príncipe Z ha elegido a Giorgio como administrador de sus propiedades".

Más tarde encontré a Giorgio en un pueblito de la costa del Adriático; estaba arruinado, en desgracia, alejado de todo empleo, su familia hun-

dida en la desesperación a causa de haber votado por error contra los fascistas. Mientras pensaba en el destino de Giorgio entraron en el café algunos jóvenes. Podían ser lo mismo estudiantes que oficinistas de Wall Street. Un sentimiento de seguridad se apoderó de mí ante sus rostros impersonalmente amistosos. Uno de ellos se echó a reír en forma sonora con risa sana y no reprimida. ¡Qué bien me pareció! Estaban todos sentados cuando un mozo se les acercó y les dijo algo, señalándoles un grupo de gente madura. "Es cierto", contestaron los jóvenes y se fueron a otra mesa.

Sé lo que estos jóvenes serían en la Italia fascista, tierra de una juventud violenta, arrogante y fanática. Recordé cierta escena en un restaurante de Roma. Tres jóvenes camisas negras entraron con las cabezas echadas hacia atrás, soberbiamente desafiantes, imitando al Duce. Sus miradas provocadoras veían culpables en todas partes. Se sentaron en una mesa para seis y se burlaron del mozo cuando éste les advirtió tímidamente de que estaba reservada. Seis personas de edad entraron y aceptaron sin decir palabra dos mesas en un extremo, al ver quiénes estaban en su mesa reservada.

La idea de que leería otra vez noticias auténticas me hizo estremecer aquella primera tarde en Nueva York. Eché una mirada sobre un periódico que traía un artículo contra la política del Presidente Roosevelt. Y pensé en los periódicos italianos. Siempre lo mismo. Retratos de Mussolini ceñudo en la primera, segunda y tercera páginas Titulares "El Duce dice". "El Duce ha dicho". "El Duce dirá". "Los *avanguardisti* aclaman al Duce". "Los *balillas* aplauden al Duce". "Los Hijos de la Loba, firmes detrás del Duce". En un rincón de la cuarta página unas cuantas noticias bien censuradas.

A través de este periódico de Nueva York comprendí lo que significa el hambre de noticias. Recordé cómo recorría todos los días un montón de cuadras a las 12.30 en busca de la edición parisina del "Herald Tribune" para enterarme de lo que sucedía en Italia y en todo el mundo.

En este mismo restaurante de Nueva York planeamos un paseo en auto para el sábado por la tarde. En Italia, dije yo, no podríamos hacer un paseo el sábado por la tarde. Pero en cambio, sí, ese calar las ruinas, escuchando a cualquier joven fascista menos enterado que nosotros, explicar las cosas del pasado en términos del presente.

—Pero ¿qué es esa famosa fiesta fascista del sábado? ¿No tienen medio día de asueto?—preguntaron mis amigos.

—Sí; pero siempre que ustedes consideren una fiesta asistir a las conferencias fascistas o salir dirigidos por fascistas. Todos y cada uno dirigidos, siempre dirigidos".

Al abandonar este restaurante de Nueva York, mis pensamientos volaron a toda Norte América—un pueblo que ríe no obstante sus inquietudes, un pueblo valiente. Así era el pueblo italia-

no cuando recién lo conocí. Y ahora pienso en la Italia de cuyo rostro radiante ha desaparecido la sonrisa, cuya voz lírica ha sido silenciada y cuya libre voluntad ha sido ahogada.

Y pienso en el golpeteo insistente y destructor: "El Duce dice: Cree, obedece, lucha". Desde el nacimiento hasta la muerte, desde el alba hasta la noche su rostro siempre frente a ellos: en las casas, en los negocios, en cada muro y en cada edificio.

Pienso en las criaturas balbuceando *Duce* mientras juegan con sus juguetes militares fascistas; en los niños organizados en agrupaciones fascistas, "Hijos de la Loba", marchando al son de un canto al Duce; en las muchachas que siguen el camino ordenado, repitiendo Duce.

De modo que era esto lo que Mussolini quería decirme hace tres años cuando me aseguraba que lo primero que haría como jefe de gobierno sería imponer disciplina, disciplina y disciplina.

(De "Lyberty", New York).

América frente a Europa en el Arte

P o r A N G E L G U I D O

La primera reconquista criolla.—... Esa suerte de agonía del arte indio, a pesar de la inclemente esclavitud conocida, sobrevivió subterráneamente. Se diría, que en forma de gemido se arrastró todo el siglo XVI y todo el XVII. En el siglo XVIII, ese gemido sordo, concentrado, ahogado, se torna sorpresivamente enérgico, con testarudo afán por exteriorizarse, por vivir, por decir su palabra, por ir a la acción de arte insurrectamente americano.

Seguramente que ese espíritu de rebelión que se descubre en el arte del setecientos, tiene idéntica temperatura que aquel otro espíritu de rebelión social, que más tarde polarizó en nuestra total emancipación. Mientras Tupac-Amarú hizo temblar una parte de América sublevando sus huestes quichuas y aymaras, el indio quichua José Condori esculpía el sol y la luna, elementos de la flora indígena y sus extraordinarias indiátides, en el frontispicio de San Lorenzo, en Potosí.

Ya demostré en otra ocasión, cómo en el demasiado olvidado siglo XVIII se cumplió un verdadero proceso estético rebelde contra el arte de la metrópoli. En mi trabajo: "El espíritu de la emancipación americana en dos artistas criollos, demostré arqueológicamente aquel proceso indicado. Señalé, entonces, ampliamente, de cómo elementos de la fauna y de la flora indígenas, des-

plazaron las unidades decorativas barrocas europeas. El sol, la luna y la concepción sideral del cosmos incáico, se introducen heréticamente en los frontispicios de las iglesias católicas. Las indiátides reemplazan las cariatides europeas.

Un *pathos* indio campea en los enjovados frontispicios del setecientos. Mas, este alzamiento estético no se conforma con invadir la zona del antiguo Tauantinsuyu o del legendario Anáhuac. Reacciona contra la misma España.

La Sacristía de la Cartuja de Granada (1730-1760), pongamos por caso, se levanta en el más puro estilo mestizo mexicano. (Influencia mexicana hacia España que, dicho sea entre paréntesis, la vemos ahora repetirse en la innegable influencia de la pintura social, mural y de cartel, de Rivera y Orozco, en algunos pintores de la actual República Española).

Mucho lamentó que la necesidad de ser breve, me impida mostraros ampliamente la franca rebelión criolla del artista indio y mestizo del siglo XVIII, en sus múltiples y complejas expresiones. Sólo os diré, que por primera vez, después de casi dos siglos, vuelve el arte a incorporarse al paisaje y al hombre americanos.

La cosmovisión, la "Weltanschauung" del hombre americano del siglo XVIII logró su certera expresión estética, su ajustada polarización de Arte.

Pues bien, a esto llamo yo—entiendo sin exageración ni apasionamiento—la primera reconquista de América frente a Europa en el arte.

Pero, este clima mestizo, que dió tan admirable cosecha de arte mayor y de arte menor, sea en la plástica como en la música, no avanzó más allá de los comienzos del siglo XIX. Solamente en lo eminentemente popular, muy alejado de las grandes ciudades—como ampliamente demostráramos en otras ocasiones—persistió aquel flamante orden estético americano. En las ciudades, el arte oficial quebró categóricamente aquel estadio de maravillosa polarización criolla debido a la enérgica intervención europea del cosmopolitismo. Y se inicia, pues, lo que dimos en llamar: segunda conquista europea del arte en América.

(De "Universidad". Universidad Nacional del Litoral. Argentina).

